

CUENTOS ESCOGIDOS

EL ÚLTIMO ENCARGO

de las ciénagas, dice el comandante Burguete, en el fondo de los bosques, á la vera de los caminos dormirán eternamente los restos de los que succumbieron al combate, y de ellos no habrá en esta nación otro recuerdo, ni se les rendirá otro tributo, que el que la piedad familiar rinde aisladamente, no al soldado, al ser querido.»

El tributo es preciso que salga de los corazones y se perpetúe en el mármol. Al jefe del Estado, al ejército, á la industria, al comercio, á la Agricultura, á la España entera, pedimos cordialidad y efusión para perpetuar la memoria de estos buenos españoles, que fueron laboriosos en la paz y temerarios en la guerra.

Por los iniciadores: J. Martínez Ruiz, Eduardo Marquina, Salvador Rueda, B. Rodríguez Serra, Juan Gualberto Nossi, Silverio Lanza, Jesús Fluxiá, Pío Baroja, José I. de Alberti, Antonio Mayo, T. Carretero.

EL LLANTO

(DE NICCOLINI)

Lloras... en vano escondes
Tu llanto bajo el velo...
¿Qué espectro por tu espíritu
Cruzó? ¿recuerdo ó miedo?
Como si el mal presente
No fuera asaz acerbo,
Al hombre, arrebatado
Del vértice del tiempo.
Aún vuelve atrás ó avánzase
Arrepentido ó trémulo
Del punto indivisible
Que es centro de lo eterno.
¿Verás huir los rápidos
Días del tiempo bello,
E imágenes dulcísimas
Con el vital ensueño?
De rosas coronadas
Flotante el manto espléndido,
Franquennos los Horas
Del porvenir el reino.
De mil maneras tejen
Baile gentil y aéreo,
Pero, cogidas, secan
La flor que apetece mos.
¿De amor inextinguible
Das fé á los juramentos?
Coge esta rosa y punza,
Se agosta y muere presto.
Llora, y del nuevo encanto
Caiga vencido el pérfido,
Beso que enjuga lágrimas
¿Qué voluptuoso beso!
Más no es posible al llanto
Dar en el mundo término,
Ni de sagradas lágrimas
Llevar los ojos secos.
Ahora que alerta yaces
Junto á tu caro hijo, o
Oyes su llanto, idioma
Que el hombre habla primero.
Lanzado el tierno espíritu
De la existencia al piélagó
¿Dirás que nada sabe
Si llora tan á tiempo?
La cuna dolorosa
Es frágil barquichuelo.
Las olas de la suerte
Lo asaltan en naciendo.
El pescador, el misero,
Los reyes y los siervos
Lloran: tal es la súplica
Mejor: todos son reos.
De dulces frases tiernas
Es el amor maestro;
Más sólo nos subliman
Del llanto los acentos.
Yo en mis estrofas quise
Copiarlos, y, cual nuevo
Pigmaleón, á mi estatua
Dar de la vida el fuego;
Y una conmovida estréchola...
¡No sientel... el mármol gélido
Cae sobre mí, y la tumba
Reenérdate mi hielo.
Llora: sañudos males
Me vionen persiguiendo,
Y ya la postre ola
De mi desdichas veo.
Ya cual borrosa imagen
Hecha en el muro opuesto,
De la movible escena
Parte del universo.
Glorias soñé: del águila
Hijo fingíome el sueño:
Y yazgo al pie del risco
De que emprendí mi vuelo.
Pero antes que en mis ojos
Se cuaje el velo eterno,
Brille en ellos el llanto
Con que se gana el cielo,

Todas las tardes se repetía para Manuel la misma escena; cansado del trabajo monótono, regular y frío de la oficina, salía á la calle con el cerebro lleno de pesadez calenturienta; y al respirar el aire oxigenado, lanzaba un suspiro de satisfacción, recordando, con amarga conformidad, las sombrías paredes de su despacho, cárcel de los condenados á trabajo forzoso para ganar el pan.

Manuel andaba apresuradamente; durante todo el día sobre el libro, lleno de fatigosas columnas de números, había creído ver una cabecita rubia, de ojos azules, melancólicos, espirituales; con los labios rosados y el cutis de una blancura diáfana, nacarada.

Cuando Manuel llegaba á un modesto cuarto tercero, la cabecita rubia espía su llegada; era una encantadora niña de diez y ocho años que se lanzaba á sus brazos llena de infantil alegría.

La mesa, con la modesta comidita, servida sobre blanco mantel, con platos y vasos deslumbrantes de limpieza, lo esperaba.

Después de la pequeña chimenea encendida, la butaca preparada, la mesita con el tabaco y la novela favorita al alcance de su mano; todo parecía destinado á que Manuel olvidase las horas tristes del empleo.

El joven era feliz, aquel amor constituía toda su dicha y toda su ambición. La sombra de la duda no había empañado nunca su pensamiento.

Había sido el primer amor de Elena. Ella era huérfana y pobre, vivía con una hermana de su madre que la recogió por caridad; y trabajaba en un obrador como modista.

El día de la espera todas las tardes al salir del taller y los dos formaban bellas novelas para el porvenir. La muerte de la que servía de madre á Elena turbó la felicidad de los enamorados.

La joven quedaba sin amparo, y el modesto empleado le ofreció su escaso porvenir, que ella aceptó llena de agradecimiento.

Manuel quiso verificar enseguida la boda; pero era menor de edad y la madre no prestó su consentimiento á la vulgar terminación del idilio.

Manuel abandonó la casa paterna, construyendo para su Elena el humilde nido donde lo hemos visto tan feliz, mientras llegaba el deseado momento de poder legalizar su situación.

Un día, el joven se sintió malo en la oficina, pidió permiso para salir y se dirigió á casa de Elena. La portera le dijo que la joven no estaba en su casa.

Manuel, extrañado y molesto, esperó su vuelta.

Elena llegó un poco antes de la hora en que Manuel acostumbraba á llegar; al ver á su amante se turbó y sus labios murmuraron una disculpa; una amiga enferma, á quien se había visto obligada á visitar, y mientras hablaba, subía rápidamente la escalera.

Penetraron en la habitación, y Elena, quitándose con apresuramiento la mantilla, procuró tapar entre sus encajes una carta que se veía abierta sobre el tocador; pero Manuel la había observado y se precipitó hacia ella.

Una lucha terrible se entabló entre los dos; al fin Manuel logró apoderarse de la carta; era una revelación terrible; Elena tenía otro amante.

Dos años después volvemos á encontrar á Manuel, nuevamente al salir de su oficina; no era ya el joven alegre que abría su pecho á la esperanza y á la vida; un triste suspiro contraía sus labios y lentamente dirigíase á su casa.

Durante las largas horas de trabajo, un velo negro se interponía entre él y las fatigosas filas de números; aquel

velo negro tomaba formas de mujer de contornos vagos, inseguros, que llevaban escritos sobre la frente, palabras siniestras: *Falsa, engaño, traición.*

Al llegar á su casa, encontraba la mesita limpia, la butaca al lado del fuego y la sonrisa amorosa de una anciana de blancos cabellos, cuyo amor no podía ser discutido: su madre.

Y, sin embargo, Manuel lloraba, sin poder olvidar aquel pequeño cuartito, donde tan feliz había sido con Elena.

Una tarde el joven encontró á Marta, la amiga íntima de Elena. Ella le habló de su antigua amante, y él no tuvo valor para prohibírselo.

Elena estaba enferma, muy enferma, aquel hombre la había abandonado, y la muchacha se moría de tristeza y de hambre; lloraba su ingratitude con Manuel; quisiera verse perdonada...

Manuel sólo entendió una cosa, Elena era desgraciada y Elena se arrepentía...

Aquella tarde su anciana madre lo esperó en vano. El fué á la calle que le había indicado Marta, y, sin hacer una alusión á lo pasado, sin una palabra de reproche ni de amargura, dijo á la joven que estaba confusa y temblorosa en el dintel de la puerta:

—Elena, *hermana mía*, arrégleme la comida.

Desde aquel día Manuel fué el hermano de Elena; él la cuidaba con la ternura que se puede cuidar á un niño; pero la joven decaía visiblemente.

Sufría una tuberculosis aguda. Todos los esfuerzos de la ciencia fueron inútiles. Un día, al volver Manuel de la oficina, Marta, la compañera inseparable de Elena, le dió la fatal noticia: Elena había muerto.

El joven sintió un dolor terrible; pero el deber de tributar á la que tanto había amado los últimos cuidados, se sobrepuso en su pensamiento. Era preciso ocuparse del entierro.

Elena fué vestida con traje de seda negro y rodeada de flores; las amigas acudieron y Manuel veía llegar, lleno de terror, el momento en que iban á separarlo para siempre de aquella mujer, á la que ni la traición, ni la muerte, habían podido arrancar de su alma.

—Manuel—le dijo Marta interrumpiendo su sombrío silencio—tengo que cumplir el último encargo de Elena; yo he recibido su postrer suspiro... ella te agradecerá mucho tu perdón... hubiera querido hacerte feliz aún á costa de su sangre... Te amaba mucho...

—Y su último encargo, ¿qué fué, dime?

—No sé cómo decírtelo... yo...

—Acaba.

—Quería que acompañáseis su cuerpo hasta el camposanto... tú... y... el otro.

Manuel tembló un momento; pero se repuso al instante y dijo con voz grave:

—Cumple su última voluntad.

Dos horas después el cadáver salía de la casa. Detrás del fúnebre cortejo iban Manuel, pálido, sereno y tranquilo, y otro hombre tembloroso, inquieto, agitado.

Manuel no se separó del féetro hasta que hubo caído sobre él la última paletada de tierra; luego tomó un coche y se dirigió á su casa.

—Madre mía—dijo al entrar, abrazando á la anciana,—todo se ha terminado; esa desdichada ha muerto de pasión por el hombre que la había abandonado... Por el suyo media mi sufrimiento, y se sacrificaba generosamente, ocultando su dolor. ¡Qué historia de grandeza y de miseria iba envuelta en su postrer encargo!

CARMEN DE BURGOS SEGÚI.

EL CARNAVAL

En el mundo todo es máscara,
Fúdo el año es Carnaval.
M. J. DE LARRA (FIGARO)

Este dijo nuestro Figaro,
Y dijo una gran verdad.
Pues ¿quién de los que tratamos,
El hipócrita antifaz,

No lleva constantemente
Como cosa natural,
Sin aguardar á ponérselo
En tiempo de carnaval?

Aquel que muchos pecados
Tiene y los quiere ocultar,
Y habla de Dios y su Gloria
Y del sentido moral:

Ese lleva sobre el alma
El hipócrita antifaz.
Aquel de bolsa vacía
Que ocha fanfarrias, la mar,
Y cuanto más arruinado
Dice que derrocha más:

Ese lleva la careta
En continuo carnaval.
Aquel que siempre roído
Por la vil envidia está,
Y sin embargo os estrecha
La mano como si tal

Cosa sintiera y después
Os despellaja, el truhán:
Ese lleva la careta
Que más repugnancia dá.

Aquel que muerto de amores
Por una muchacha está,
Y pasa día tras día
Y un año dos y tres más,
Sin decirle una palabra
Ni su pasión declarar,
Y se hace el indiferente:
Ese lleva el antifaz

Y se da broma á sí mismo
En perpetuo carnaval.
Aquel que por los caprichos
De la suerte, que es venal,
A encumbrarse llega un poco
Y se cree de sangre real

A pesar de que la hilaza
Burda descubriendo está
A cada instante, pues solo
El brillo es superficial:
Ese lleva la careta,
Pero conocido es ya.

Por eso dijo el gran Larra,
Y dijo una gran verdad:
Que en el mundo todo es máscaras
Todo el año es carnaval.

EMILIO BERNABEU.

Higiene especial.

Cuenta corriente del mes de Enero.

Ingresos por todos conceptos.

	Plas.	Cs.
Sección de esta capital.....	196	>
Idem de Valdepeñas.....	564	10
Idem de Puertollano.....	104	25
TOTAL.....	864	35

Gastos.

Sección de esta capital.		
Gratificación al médico higienista.....	50	>
Idem al jefe de la sección.....	50	>

Sección de Valdepeñas.		
Gratificación al médico higienista.....	80	>
Idem al encargado de la sección.....	60	>
Idem al auxiliar, por cinco días de haber.....	3	75
Idem al agente recaudador.....	25	>
Gastos de material por los meses de Noviembre, Diciembre y Enero, según factura.....	159	>

Sección de Puertollano.		
Gratificación al médico higienista.....	35	>
Idem al encargado de la sección.....	25	>
Gastos de material.....	10	>
Idem id. á justificar.....	66	60
TOTAL.....	564	35

Resumen.

Ingresos.....	864	35
Gastos.....	5	4
Diferencia á favor de los ingresos.....	300	>
Pendiente de cobro.....	89	50

La cantidad de 300 pesetas que resulta líquida se han remitido al señor Vicepresidente de la Comisión provincial, con el fin de que se mejoren las estancias de las enfermas de las expresadas Secciones de Higiene, que ingresen en el Hospital por este concepto.

Las cuentas se hallan de manifiesto en la Sección correspondiente de este Gobierno, para que los señores que quieran examinarlas puedan hacerlo todos los días laborables de diez á doce de su mañana. Ciudad Real 8 de Febrero de 1903.—El Gobernador, Luis Moyano.